

n.º 28 †

TINKUY

Boletín de investigación y debate



Tinkuy

Boletín de Investigación y Debate
n.º 28
2024
ISSN 1913-0481

Département de littératures et de langues du monde
Faculté des arts et de sciences
Université de Montréal

Correo electrónico: revista.tinkuy@gmail.com
https://tinkuy.umontreal.ca/

Fundador

Juan Carlos Godenzzi

Director

Manuel Zelada

Directora de redacción

Berenice Zavaleta

Consejo consultivo (Université de Montréal)

Anahí Alba de la Fuente
Ana Belén Martín Sevillano
Olga Nedvyga
Enrique Pato

Diseño y Web

Carolina Barbosa Luna
Luis Fernando Rubio
Berenice Zavaleta

Corrección y estilo

Manuel Zelada
Berenice Zavaleta
Diana Grajales Bedoya
Luis Fernando Rubio
Priscila Machado

Traducción

Berenice Zavaleta

Comité editorial

Diana Grajales Bedoya
Priscila Machado
Luis Fernando Rubio
Berenice Zavaleta
Manuel Zelada

*El contenido de esta revista cuenta con una licencia de Creative Commons de “reconocimiento, no comercial”,
Internacional 4.0 que puede consultarse en <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>*





Boletín de Investigación y Debate

n.º 28
2024

Contenido *Contenu* *Contents*

Artículos *Articles* *Articles*

8 **La narrativa conversacional en las festividades navideñas de los Andes Peruanos**

La narration conversationnelle dans les festivités de Noël des Andes péruviennes

Conversational Narrative in the Christmas Festivities of the Peruvian Andes

Anthony Rancourt

Université de Montréal

19 **Las muchas caras del dios Illapa**

Les multiples visages du dieu Illapa

The Many Faces of the God Illapa

Luis Millones

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Renata Mayer

Sociedad Interdisciplinaria de Estudios Andinos

42 **Redemocratizar la ciudad por la metáfora. La París de un colectivo de escritores urbanos**

Redémocratiser la ville par la métaphore : le Paris d'un collectif d'écrivains urbains

Redemocratizing the City by the Metaphor: The Paris of an Urban Writers' Collective

Carola Mick

Université de Paris - Ceped UMR 196

Iván Blas Hervias

Carpa Literaria

- 61 **Reflejos tristes, triples y dulces en la poética de César Vallejo**
Reflets tristes, triples et doux dans la poétique de César Vallejo
Sad, Triple, and Sweet Reflections in César Vallejo's Poetics
Máximo Hernán Mena
Universidad Nacional de Tucumán / INVELEC - CONITEC

Creación *Création* *Creation*

- 80 **Nouvelle Carrefour**
Iván Blás Hervias

Reseña *Revue* *Review*

- 95
Meune, Manuel, et al. « Montréal, 'ville-monde' : la multiformité linguistique vue par des locutrices et locuteurs ». Cahiers de Recherche, collection de Tinkuy. Boletín de Investigación y Debate, no. 1, 2021, 100 págs.
Caroline Lafrenière
Université de Montréal

Nouvelle Carrefour

Iván Blas Hervias

Pasan, rugen, agitan banderas azules; ahora golpean carrocerías, carteles, lanzan latas de cervezas, botellas plásticas...

–Si Francia se materializara en esa dama fina, elegante, coqueta –imagen concebida por el mundo–, ¿cómo se sentiría de ver a tanta horda suelta vociferando, chillando, claxonando su nombre de la forma más absurda? –Parece que hablara con un ente invisible–. ¡Eso, eso! ¿Y ver manchados los colores de su vestido que vendrían a ser su divisa?

–¿Rubor? –expresé tímidamente torpe desde mi taza de café, un poco para estar a tono con su elocución algo solitaria con la mirada orientada al puente Grenelle:

–No, no, no –se quitó los ínfimos auriculares semitransparentes–. Horror, terror, espanto, de ver esta turba excitada gritando e invadiendo todos los espacios públicos en el zénit de la irracionalidad.

“Un desfile onomatopéyico”, dije en mi voz interior.

Él se volvió a colocar los diminutos auriculares para proseguir relatando: –Y están como a punto de cometer cualquier delito grave. Es un espectáculo lamentable lo que produce una competición de balompié como estas *coperetas* internacionales. Tengo otra imagen de este país –continúa el turista gringo–. Todo esto me recuerda al sur de la Italia, a la España torera, a Sur América, en su fanatismo crónico. *What time is our meeting? I'll be with you in a moment.* De repente desconecta sus audios para hablar en francés con otro cliente.

Me sentí confuso, parecía que se había estado dirigiendo a mí en simultáneo durante su conversación telefónica.

No intervine en adelante en su narración que continuó emitiendo. Tan solo encogía los hombros, añadía un término vago, le daba otro sorbo a mi taza de café para contrarrestar la resaca de la noche anterior, aún con las marcas de sábanas frescas, más los treinta grados de calor que indicaba el termómetro.

Una buena dosis de café reaviva el estado de ánimo, me ha recomendado mi vecina marsellesa antes de tomar el bus.

–*Vous parlez très bien français, monsieur* –elogia un hombre que raspa un cartón de la Eurolotería que, si lo acierta: *caviar et champagne pour tous*– eso es lo que pregona antes de aplicarse a su operación de

raspado con una moneda.

–*Je suis Canadien* –dice el turista gringo. –¿De Quebec? intervengo. –No, no, de Montreal. “Pero Montreal pertenece a Quebec, ¿no?”, me digo. –He trabajado en Luisiana con mis abuelos, que eran de origen suizo, mi francés es más suizo que canadiense, mi castellano es de América del Sur más que de la península. –¿Y hace cuánto que estuvo en Sudamérica? –*Well, I think...* Cuarenta años deben ser. Perdón, *excuse me*, le he hablado en inglés, a veces contesto por reacción. –No se preocupe, comprendo un poco. –¡Oh!, todos dicen que comprenden; pero tengo mis dudas; se deduce más que se comprende; ha devenido tan comercial el inglés que la gente se ha familiarizado rápido. Yo prefiero hablar en francés o en castellano por ahora.

El hombre que rascaba el cartón de la lotería al parecer no ha ganado ni un cuerno, se marcha del Tabac como un verdadero animal silvestre.

–Está bien, estuvo en América del sur hace cuarenta años, decía. –Sí, sí, trabajaba para un laboratorio con sucursales en Bogotá, Montevideo, Caracas, Santiago, Lima... –¿Una multinacional? –Sí, una empresa de productos químicos.

Asentí reflexivo mientras pensaba en insecticidas, productos de limpieza, en fertilizantes sintéticos que de vez en cuando la publicidad de cualquier medio introducía en los hogares para luego integrarse al uso popular: “Más sano que una Aspirina”, “Con Racumin adiós a la corrupción”, “Rexona no te abandona”.

–Es por eso que habla un español casi perfecto. –¡Castellano! –me corrigió. –Bueno, sí... Castellano.

Otra caravana de autos pasa bramando de manera atronadora.

–Pero quién diría que, en France, la *ville lumière*, en estas cuestiones del fútbol se parezca tanto a cualquiera de esas republiquetas... Y sus tiranos bananeros, petroleros, cafeteros, carniceros, mineros... –prolongué la idea o estiré la figura en resonancia a su expresión agria. –¡Oh! *Yes*, claro; aunque no estoy de acuerdo con eso de tiranos, no corresponde a la realidad europea. Yo deploro que sus cafés, sus bares, estén llenos de pantallas, de ruidos torpes e innecesarios, diría una burda copia de New York, pero eso de tiranos no es el caso. –¡Bah!, es una cuestión de estilos, los tiranos pueden emerger en cualquier parte, como en los Balcanes, ¿no? –fui categórico. –Sí, pueden surgir de no importa dónde con la diferencia que aquí es menos frecuente. –Humm. Cuestiones de estilo –seguí en mis trece. Quizá la celebración que percibimos es solo una válvula de fuga, no se celebra nada en el fondo sino solo es una catarsis colectiva, una acumulación de emociones, de estrés cotidiano, intenté

La china del *Tabac* se acerca hablando en un francés para adivinar, se dirige al turista gringo primero, le pregunta si quiere servirse otra cosa más. La tele continúa con un volumen elevado. Un tipo discute en su smartphone como un verdadero energúmeno. La fila de mesas que da para la ventana está ocupada por dos personas solas con la cara clavada en sus tabletas.

Yo debo irme, comento, pido la cuenta de mi taza. –¿Ah, usted no se queda a ver el match? –No. –¿Lo ve en su casa? –Tampoco. –¿Con sus amigos entonces? insiste. Le respondo que no me interesaba en absoluto

el fútbol. Qué curiosidad, me pregunté, mientras extraía las monedas de mi billetera para pagar el *café allongé*; qué más diablos quiere saber sobre lo que haga o no con mi tiempo. —Me voy a caminar por ahí, a vagar por las calles desiertas mientras la gente consagra noventa largos minutos en la droga de un match con resultados trillados.

—¡Espéreme! gritó desde la mesita redonda de patas largas pegada al muro, vertió el último chorro de su botella de Perrier, enseguida salió tras mis pasos. —Vamos juntos entonces en contracorriente de las cosas, dijo, así hablamos en castellano americano mientras los demás beben su copa de fútbol. Yo sonreí tomando su determinación como una chacota. —Yo no tengo un rumbo definido, ¿sabe?, sigo los laberintos del azar; pienso que usted se va a fatigar con este sol abrasador más el calor del pavimento que sopla fuego. Ya está incluso un poco *rouge* de impaciencia, de rabia, de fastidio. —Mire, tengo 77 años, pero no es para tanto, ¡eh!, camino como un dromedario, usted no tiene idea. —Lo digo por el clima. —No más que en Sevilla, México, Atenas, El Chaco. Ya le he dicho que estuve muchos años en América del Sur; mi esposa es de allá. —¿Y ella?, le pregunté, a quemarropa, sin ningún interés, por decir algo. —En el hotel, enclaustrada, cerca de aquí, en Saint Sulpice. —¿No le gusta salir? —¡Oh! Ella es todo lo contrario a mí. Su fascinación por las pinturas (hizo un gesto con los dedos que no alcancé a interpretar bien) la absorbe demasiado. —¿Museos? inquirí con curiosidad. —No, qué va, cosméticos. Todas las nuevas tendencias de la industria estética francesa le apasionan, la obsesionan todo el tiempo. Es por ello que le digo L’Oreal, en broma.

Yo no sabía qué opinar al respecto. Solo imaginé a una dama de cierta edad, algo presumida, sofisticada, proclive al *glamour*. —París es un emporio de marcas, un carrusel incesante de tendencias que seduce a todo el mundo, respondí ponderado. —Claro, claro. Yo la entiendo, es aún joven, además... ella es... así es ella... habló como para él.

Habíamos llegado hasta el puente Mirabeau, lo atravesamos, caminamos paralelos a las vías del tren, por l’Ile aux Cygnes en dirección al bulevar de Grenelle. Él quería llegar a Pasteur para de ahí tomar la rue Vaugirard.

Le recordé que era una de las calles más largas de la capital (intramuros), lo sabía de sobra. Es una ruta que nos lleva a los jardines de Luxemburgo, me explicó. —¡Caramba!, usted sí que conoce como un verdadero guía esta ciudad. —París es *mon port d’attache*, declaró, —siempre vuelvo, e incluso esta vez para anclarnos de verdad... Y es más, es más, he caminado lo suficiente para no perderme tan fácil.

Se desplaza lento; se ha detenido para evocar algo: dice que en 1988 en el puente de Grenelle se filmó una escena de *Frantic*, un filme de Roman Polanski, con Harrison Ford y Emmanuelle Seigner.

Dice que extraña la Francia de los 80, —¿la Francia de Mitterrand? —La Francia de los ochenta, aclara. —¿Por qué esa década? —Tenía un ritmo más humano, menos maquinal, había como más espacios libres, no sé. —Hace mucho que París no es una fiesta, comento. —Por supuesto que no, pero más allá de ello, nuestro plan es instalarnos aquí cada primavera. No será igual, lo sé, lo asumo, pero nuestra decisión está tomada.

“A veces la nostalgia suele ignorar aspectos puntuales de la realidad”, medito; no obstante, evito

emitir ningún comentario, dado que no llegué a conocer aquel París de los ochenta ni mucho menos el mito de los treinta años gloriosos que ha devenido un lugar común.

—Qué se puede hacer, todo muta a una velocidad vertiginosa, los cambios digitados por la lógica mercantil son inminentes, ningún país escapa a las transformaciones constantes, a veces progresivas, otras violentas, pero sobre todo demenciales en cuanto a la destrucción del planeta, expuse con un aire pesimista. —¡Oh, sí!; las guerras, las guerras, las malditas guerras. Guerras estúpidas por todos lados; usted es pacifista, por lo que veo. —Por supuesto, contesté categórico, sin pensar ni entrar en detalles sobre mi fugaz militancia traviesa cuando aún adolescente en Stop War, contra la primera arremetida de las tropas de Bush a Irak. —Yo también, sigo siendo lo que fui de algún modo, hablé en un tono confidente.

Nos detuvimos a la altura de la *Maison* de la Radio en el preciso instante en que un crucero fluvial surcaba como un cisne las aguas turbias del Sena.

—Yo siempre estuve contra la barbarie, como en el caso de Vietnam. —Qué bueno es implicarse en causas de esa naturaleza, remarqué. —Yo seguí de cerca casi todas las manifestaciones para evitar esa gran tragedia, participé en muchas protestas contra las decisiones absurdas de aquella guerra no declarada. —¿Tiempos hippies? —Nunca fui un hippie, ni Beat Generation; eran ideales humanos. —¿El Mayo Francés? —Tampoco, y salga de una vez del cliché, por favor; recuerde que no solo hubo un mayo francés en los sesenta, devino impaciente, luego se calmó —*sorry about that*. —Comprendo. —Quizá más influyó en mí la imagen de Lennon-Yoko Ono, de 1969 en el hotel de Londres, después en Montreal. —¿Estaban impedidos de ingresar al país de la “libertad”, no es así? —Sí, prohibidos de entrar a *United States*, pero no impedidos de denunciar. —Sin embargo, nada impidió que Johnson ni Nixon pusieran en marcha esa maquinaria sangrienta pese a que perdieron del modo más deplorable como traumático esa aventura bélica. —Efecto Frankeinstein: Pero no olvide que el conflicto empezó en el período de Kennedy, repuso.

—Cuando usted habla del pacifismo más que en Gandhi, pienso en Joan Baez, en Luther King, en Jane Fonda, en Susan Sontag. —Y no solo ellos, ¡eh!; también: Edward Kienholz, con su *The Eleventh Hour Final*, y Hans Burkhardt, con su escalofriante *My Lai* más todas las marchas y campañas para detener la locura de las armas; canciones de Pete Seeger, Bob Dylan, Marvin Gaye...

Perdí la cuenta de los artistas y líderes que iba enumerando, como los lugares donde las manifestaciones eran escenarios de remarcable resistencia como en California, Chicago, Filadelfia, Boston... Noté que quería poner punto final a ese episodio del pasado porque terminó su relato con su partida hacia el Sur extremo; México le parecía demasiado cerca de la frontera, por eso aceptó ese empleo de la empresa de insumos químicos e instalarse gran parte de su vida en ese mundo que, según él, estaba en trance de todo construirse, pero desgraciadamente, al poco tiempo llegaron los regímenes militares. Sin embargo, ellos no le impidieron permanecer en ese paralelo que había elegido. Pues ahí nacieron sus dos hijos de su primer matrimonio que ahora viven en Sidney y quienes no tienen la mínima intención de volver ni siquiera de visita, confesó con notoria amargura.

A todas luces a floraba por el contrario su fuerte optimismo continental que, pese a todos los males

planetarios, le hacía creer férreamente que la posibilidad y potencialidad de futuro estaba en América, tal vez por eso decidió cambiar de hemisferio y no de continente.

—¿Cuál fue el motivo puntual que determinó su partida hacia el sur de América? —Yo creo que el sur estaba instalado en mí desde siempre. Ya le conté que estuve en Luisiana desde muy joven... pues no encontré otro modo más real de explorar de forma directa aquello que estaba en mí como un camino latente. Cómo se puede acercar a ese camino, me interrogué, si no es viviendo en ese mundo que a pesar de todos los problemas está sembrado de futuro —volvió a confirmar.

No le contesté de inmediato, puesto que su marcado optimismo me parecía un puro chauvinismo de opereta; una burda exageración desde el plano de toda evidencia, porque además pensé en la criminal degradación flagrante del ecosistema que venía ocurriendo a diario, arrastrando la vida misma a una catástrofe sin parangón, donde incluso multinacionales mineras de origen canadiense operaban del modo más tóxico en las montañas andinas como en el corazón de la Amazonía.

El contraste de nuestras opiniones era un hecho insalvable, mi posición escéptica respecto a los días siguientes de la región estaban basados en documentos verídicos que habían caído en mis manos, sobre graves denuncias de envenenamiento en las cuencas de los ríos, así que a mí no iba a venderme nubes.

—No existe otro planeta igual con banana, lúcuma, ni chocolate, proferí cáustico; pero si se llegara a descubrir un nuevo espacio habitable, la plaza siempre será para las élites mediocres e incapaces de solucionar los mínimos problemas cotidianos. —Oh! Ahora es usted quien se ha puesto *rouge*, solo le falta el fusil. —Es el calor, argumenté. —Vamos, no sea dramático; en estos casos es solo una cuestión de tiempo, habrá que pisar a fondo el acelerador para encontrar el camino de rescate, pero no creo que lo veamos pronto, ¡eh! se corrigió. —¿Tiempo?... masculé. —Nosotros siempre hemos tocado fondo con o sin acelerador, usted lo sabe de sobra, derivé el comentario. —Y se acostumbraron. —¿De dónde sacó eso? —O les han hecho acostumbrar a vivir al fondo. —Sí, nos obligaron a acostumbrarnos. —Fútbol, azúcar, alcohol, grasitas, sexo, pantalla. —Y cosméticos, le salí al frente.

Sonrió, se rio fuerte; quedé un poco anonadado. —Sí, claro, claro, ¡cosméticos, cosméticos!

—¿Qué le causa risa? —Claro, cosméticos... como a ella, es un modo de vida... un paliativo, pero, es comprensible en su caso, murmuró casi inaudible.

—Parece que nos conocemos de años, existen puntos en el mundo que son un *carrefour*. Y París es un gran *carrefour*; las rutas están escritas; ¿sabe? Necesitaba esto, conversar al aire libre con alguien que atravesase el destino, alguien que tenga algo que decir. En Lesbos sucedió algo parecido después del barco; una muchacha argentina que exploraba de punta a punta la isla coincidió conmigo en un muelle, hicimos amistad a partir de un cigarro.

No supe qué responderle sobre esto de que las rutas están escritas: alguien que tenga algo que decir, que atravesase el destino, repitió mi mente, mientras seguíamos caminando de largo.

Se había detenido un instante a poco de llegar a la estación Pasteur, entretanto sacaba de su mochila una tableta donde al parecer revisaba una agenda o ubicaba una dirección orientando su mirada a la torre Montparnasse. Yo me tomé el tiempo de esperarlo, estábamos en una zona de sombra. De golpe: –¡Quédese donde está! Y con su tablet me hizo una fotografía en pleno bulevar casi vacío, en seguida se acercó: –Un souvenir siempre es bueno, guardar una evidencia de donde se estuvo, habló mientras me mostraba la imagen mía bastante desprevénida con el fondo de una columna Morris que anunciaba la cartelera de los próximos filmes.

Le agradecí, le pregunté si quería que le saque una foto a él. –No, no, más bien le muestro los lugares que estuvimos; la fatiga era notoria. –¿Quiere descansar un rato? Señalo una terraza con un gran cobertizo blanco donde pronto nos instalamos.

–Mire, activó la pantalla, entonces aparecieron fragmentos de los Alpes, de la Loire, de la Dordogne; la última imagen la remarcó con énfasis: “*c’est la Normandie*”, al tiempo que explicaba su feeling por Honfleur, por Trouville, su curiosidad por Cherbourg donde en 1912 hiciera escala el Titanic, me informó. Siguió deslizando la pantalla, en eso apareció una habitación sombreada, a media luz. –¿Y aquí? –Ah, es una foto del hotel. –¿Es su esposa? “L’Oreal, pensé.” –Sí, es ella.

La foto era irreconocible, no sé por qué imaginé un maniquí, una suerte de muñeca antigua, o una escena de teatro. –¿No quiere servirse un plato? Advertí el pretexto para que la pausa se prolongara. –Acabo de tomar un café. Tomemos un helado. Lo acepté, nos sentamos en unas sillas metálicas. –Ya vuelvo, pida lo que desee. Mientras partió al urinario me detuve en la pantalla, volví a repasar las doce fotografías, pero casi todas estaban tomadas a la distancia, salvo una, la tercera, la cual despertó una cierta curiosidad como una extraña familiaridad secreta; quizá por el cabello negro, los rasgos ibéricos. De repente pensé en una artista latinoamericana; una actriz, una cantante, una ex bailarina radicada en el hemisferio norte, pero no pude distinguir bien sus facciones desde su imagen difusa; no obstante, su figura empezaba a intrigarme sobremanera.

–Estuve viendo las fotos del hotel, son bastante imprecisas. –Ah sí, ella prefiere en ese formato. –Yo también tengo una amiga a quien no le gusta mirar a la cámara tampoco, casi todas las fotos que se hace son siempre de perfil o con el cabello cubriendo la mitad del rostro. –Son estilos, o razones de cada persona, completamente sereno me explica.

Es otro tipo, respecto al turista gringo enfurecido del *Tabac* despotricando de forma tan crispada contra el fanatismo futbolero. –Aquí estamos en Bordeaux, señaló otra imagen algo vanidoso. Y ella está en un perfil perfecto oliendo una copa de vino. –Es una foto artística, bien lograda, comenté escrutando la pantalla. –¡Ah!, pero ella ni se imagina, fue en una exposición de esculturas de cepas regionales antes de venir. –¿Esculturas de troncos de vid? –pronuncié inaudible.

De pronto fue mostrándome casi todo el álbum e itinerarios bifurcadores. Y siempre ella en formatos similares: difusos o de perfil, a veces con una mano que la protegía de la luz solar; otros, con aires más espontáneos, de espaldas contemplando el horizonte. Ya no me sorprendía mucho el álbum, salvo la toma

número tres u otra reciente, la 25. Sí, donde ella se cubre mal con un sombrero en una terraza de Trouville, en que encuentro en su mirada, escrutadora e incisiva, un fulgor de fuego, un negro intenso que acribilla cuando observa por los filos del sombrero al lente de la máquina.

Fue una suerte de hallazgo, una especie de pista perdida esa facción remota que no alcanzaba a definir; evoqué a una tía extraviada en el tiempo, una profesora inmemorial de colegio, una actriz que vi hace años luz en el cine. –Ella no es americana, ¿no? –Sí, sudamericana– me respondió riendo. Comprendí que era ella con quien hablaba por teléfono en el *Tabac*.

–Ya debemos irnos– digo un tanto compulsivo, poniéndome de pie, en eso, caigo en la cuenta que él no tiene por qué venir conmigo, debo partir solo, la anécdota se termina aquí. –¿No quiere servirse otro helado? –Gracias, con uno es suficiente. –¿Un café, un sándwich? Vamos ánimo; es bueno comer algo para reponer energías, con el calor uno olvida echarse un bocado. –Basta con una bebida. –No, no es recomendable ir con el estómago vacío por París ni por ninguna otra parte, sentí que me aleccionaba con un tufillo de guía paterno. Reí de buen grado. –Yo me pediré otra porción, resolvió él. –Claro, no se prive del placer del paladar, le animé. –Vamos acompañeme; en Perú suelen decir “estómago lleno corazón contento”. –¿Y aquí? –*J’ai bien mangé, j’ai bien bu, j’ai le ventre bien tendu, merci mon petit Jésus*, cantó contando lo que cantaban los franceses de antaño. Vamos pídase algo que le apetece. –*How does that sound?*

Pensé en un pastel liviano, en un postre ligero para no desairar su gentileza; un sándwich no, a menudo me alimento de emparedados. Miré la lista de la carta, tuve la impresión de estudiar las sugerencias: *Millefeuille, Saint Honoré, Opéra, Baba au rhum, Tarte au citron, Paris–Brest, éclair (au chocolat, au café, à la vanille...*

–¡Bueno, pídase una tarta a la crema si no quiere leer tanto...!

¡Tarta!, Tarta, Tarta... zumbó en mis oídos. Tarta, tarta. Le decían La Tarta...

Juro por lo más sagrado que fue como un pistoletazo de luz, una explosión reveladora que estallaba en mi memoria dormida, era una palabra que venía a esclarecer un dilema intrínseco en relación con la fotografía número tres como la número veinticinco, la del sombrero.

Elegí un *éclair à la vanille* para acompañarle en su pausa prolongada. Se puso contento.

La-Tar-ta, deletree lenta e interiormente.

Claro, La Tarta, le decían La Tarta; aquella muchacha enigmática que conocí en mi niñez que luego partió para nunca más volver.

Otra foto nocturna en un aeropuerto australiano. –Esto es Melbourne, aquí sí que el calor es una verdadera tortura. Este clima es amigable comparado al de otros países.

Evoqué los comentarios sueltos sobre lo que de ella se decía; que La Tarta era una bataclanera, una vedette de segunda liga pero que cotizaba en dólares, que ella operaba como secretaria exclusiva de los narcos,

como también regentaba un burdel clandestino en el sótano de un hotel. –Y esto que no le hablo de Tailandia, de El Cairo, verdaderos hornos e infiernos.

Rememoré otros chismes y graves infamias sobre La Tarta, eso de que era una meretriz de la alta sociedad, en relación con secuestradores, mercenarios, traficantes, proxenetas; que ella vino desde Caracas o de una isla del Caribe al Perú para un programa de televisión, pero se quedó varada porque apareció coqueteando en una revista con unos sandinistas prófugos en Nicaragua que fue todo un cherry negativo, vengativo para la televisión pacata peruana. Y por eso se incrustó en ambientes turbios, en circuitos secretos, manteniendo nexos oscuros con empresarios, políticos o funcionarios del gobierno de turno.

–A ella no le gustan mucho las cámaras que disparan al rostro, dice. Es por ello la razón de las fotos a media luz, la prioridad es la decoración como forma central, ella es el fondo.

Sólo el kiosquero de diarios contó confidencialmente a la familia que en realidad La Tarta era una buena chica, que en serio se trata de una verdadera actriz, si solo sale en las tardes es porque tiene problemas faciales.

–Hemos viajado mucho después de mi jubilación, es un destino compartido, salvo este detalle en París, del que ya le hablé; embriagarse con los perfumes y cremas de la industria estética francesa, una concesión que fastidia pero que se respeta, pero después, cuando el sol cae, todo vuelve a su cauce, las cosas fluyen de una manera armoniosa.

La entrañable Tarta. Me abstraía transportándome en el tiempo. Pues claro, la decían así porque se maquillaba en exceso, según las bocas chismosas. Pero, empleando los decires de la chusma: se decoraba la cara como una torta, con cremas, aceites, mil polvos, mil coloretos, lista como para ir al horno. Una tarde llamaron a su puerta unas vecinas, les respondió que estaba hecha una tarta que no podía atenderles en aquel momento, esa respuesta estampó su sobrenombre. Y atrás quedaría señorita Muriel.

Y ahora escuchaba como un rumor maquinal, como un eco distante. confesiones monocordes. –Para mí, desde el 65, la primera vez que visité París, caminar sus calles, sus avenidas, sus laberintos, si se quiere, es una suerte de vocación, un peregrinaje íntimo, ¿me entiende, me comprende? *Do you listen to me?*

Asentí, pero seguía en el limbo. En casa sentíamos un aprecio enorme por ella, también ella nos estimaba de manera recíproca; a mí, quizá por mi carácter discreto, me trataba con mucho afecto, cuando por casualidad me veía llegar con mi pelota o mi bicicleta del parque vecinal mientras ella partía, hasta desaparecer por algún confín de la avenida. Una noche de navidad llegó a casa en un taxi de vidrios ahumados, descendió un poco impetuosa para saludarnos en plena hora festiva en medio de villancicos, fuegos de artificios, más toda la parafernalia decorativa. De un gran bolso sacó varios regalos para la familia, a mí me entrego un pequeño cartón negro con piezas metálicas, plásticas, en su interior; quedé impresionado mirando la etiqueta roja de la caja: era un flamante Ferrari para armar, la abracé emotivo para agradecerle; sentí un agradable perfume que emanaba de su cuerpo. No se quedó a cenar, recuerdo. Yo esa misma noche construí mi primer auto deportivo con una verdadera proeza inspiradora.

–Aquí estamos en Biarritz –señaló él otra imagen. –Es como el afiche de una película –respondí–, de nuevo, usted tiene un gran talento, ¿también lo hizo con la Tablet? –No, la tomé con una verdadera cámara; fue bien entrada la tarde con fondo del mar de verano.

Pensé en ese mediodía cuando salí de la escuela. Y un rumor de barrio se esparcía a lo largo y a lo ancho de las calles bifurcándose por las esquinas. La Tarta ha muerto, La Tarta ha desaparecido, a La Tarta la han secuestrado, La Tarta era una espía... Últimamente salía o volvía tras la noche.

En casa solo nos quedamos con esta versión del kiosquero: La Tarta se había sometido a unas pruebas de un producto de un laboratorio suizo que reclutaba gente para experimentar unas cremas, y que lejos de curarle su problema facial la habían desfigurado por completo, es por esa razón que este laboratorio la llevaba a Estados Unidos para curarla, debido que ella le había abierto un proceso.

– Esta foto, mire, mire cómo las aves migratorias forman una especie de nube –dijo; era un lago enorme y él está remando y ella sentada tras él en el bote con una sonrisa amplia. De qué año es esta foto, uf, debe ser de diez años atrás; Ottawa, leí en una parte de la embarcación.

Una corriente de aire caliente venía desde el asfalto.

–¡Este lugar es legendario, mítico!, exclamó, dando largas zancadas para fotografiar las estructuras metálicas recién pintadas del puente aéreo del metro cuando abruptamente resbaló. Yo no alcancé a evitar su violenta caída, me invadió un fuerte sentimiento de culpa. –¿Se siente bien? –pregunté cuando se sobreponía con una sonrisa heroica respirando algo agitado. –¿Puedo llamar a su esposa?, ¿dónde están hospedados? –Aquí cerca. Pero con este sol es imposible que venga... –¿Le traigo un poco de agua? –No, no, aquí tengo una botella en mi mochila. Y en seguida sacó una especie de termo celeste; bebió un largo trago. –Ya no se preocupe, es solo un golpe, habló sentándose al filo de la vereda. –¿Por qué no vendría su esposa?

–Aunque está curada, le queda el trauma de los soles agresivos. Mire, por cualquier cosa tengo los números útiles en mi libreta en caso de emergencia. *Thank you. That helps a lot.* Sí, sí, gracias, pero además... además ella solo habla inglés, sabe francés, pero no lo practica mucho. –¿Y español? Todos estos años se niega a hablar castellano con otros, salvo excepciones, pero no, no tiene importancia ya estoy bien, volvamos al fondo del asunto.

Que yo recuerde: el asunto en cuestión era el contraste de nuestras dos visiones sobre la realidad general, más entelequia o teoría de que las rutas estaban escritas desde el principio de la luz.

Temí que la tableta o sus lentes se hubiesen hecho trizas, los levanté del suelo con sumo cuidado, estaban indemnes. Le di mi antebrazo para que se apoyara, pero no lo tomó. Un camarero de la brasería de enfrente vino de prisa para ofrecernos su ayuda o para llamar una ambulancia. *Merci monsieur, ça va, je vais bien*, le dijo con gran naturalidad, indicando que solo había resbalado en una cáscara de fruta. Recién vi la cáscara de mango a un costado de la vereda. El camarero se fue.

–¡Oiga!, de repente me dijo, creo que voy a tener que llamar no más pero diciendo que vamos para

allá los dos, habló incorporándose con dificultad. –Espere, espere, deme la mano, lo sostuve un poco hasta encontrar un banco público; noté su fragilidad, el temblor de sus piernas, pero sin perder la serenidad ni su exacerbado optimismo: es solo un golpe, una caída estúpida, un accidente como millones de casos, relativizó, pero al instante: sabe, pienso que va a tener que ir usted solo al departamento para decirle a ella que estoy en el médico, si la llamo voy a inquietarle, es mejor que tenga el tiempo necesario para que se organice o, a que baje este clima ardiente de los mil demonios. Usted podrá traerme algún documento por si haga falta, aunque con la carta de identidad es suficiente creo. ¿Piensa ir al hospital? No, a un centro médico... –Comprendí que se trataba de una clínica—. Pero iré en taxi, no en una ambulancia chillona; se puso a escribir la dirección y a trazar un croquis. ¿Y a qué clínica va?, pregunté de nuevo; volvió a trazar otro croquis; es cerca del Bon Marché, me explicó sin pasarme el croquis el cual fue arrugando en sus manos que dejó a un costado de la banca. No le reclamé nada.

–¿Sabe?, es la primera vez que me sucede esto, salvo aquello en el sur de Italia, un accidente de ruta; tampoco la culpa fue nuestra, sino la de un necio motociclista que quería llevarse por delante todo lo que encontraba a su paso; pero, caerme en la acera, de un modo estrepitoso, es algo que por primera vez me ocurre.

Quise preguntarle más detalles acerca del lugar donde se hospedaban, pero de pronto evité sobrecargarle con descripciones, conocía aceptablemente bien la zona e incluso un tiempo viví en la calle Lobineau, después visitaba a menudo a una amiga brasilera en la rue Monsieur le Prince e incluso me quedaba en su estudio cuando ella partía de viaje. –Imagino que necesitará que le lleven ropa limpia, le dije. –Tal vez, aunque aquí en mi mochila siempre llevo una camiseta limpia.

Me había quedado sin ideas para iniciar un nuevo diálogo; sin embargo, ahora parecía que le conocía de tiempos inmemoriales pese a todas nuestras diferencias. Y más aún, el hecho que hablara un castellano impecable con alta fluidez me hacía perder la conciencia que estaba hablando con un turista norteamericano, un canadiense criado en los Estados Unidos, después afincado en América del Sur cuarenta años.

–¿Qué otro lugar de Francia conoce?, preguntó subrepticamente. –Marsella, Brest, Saint–Nazaire, respondí. –¿Le gustan los puertos? –He nacido a orillas del Pacífico, es parte de una identidad, es como una ventana abierta al mundo. –*Fine*. Perdón, el inglés surge por inercia a veces de manera irremediable. –¿Quiere que le traiga un poco de hielo?, le propuse. –¿Sin whisky? No, no, está bien. Ya debe pasarme el susto, sonrió. Es cuestión de tiempo, hábleme en todo caso de Brest; nunca estuve en esa parte de Finisterre. Pues, es una ciudad reconstruida que sin embargo guarda un encanto particular en su vida cotidiana, del pasado queda un *château* medieval, el ex convento de los Capuchinos donde funcionaba una instalación naval que ahora funciona como centro de esparcimiento cultural, una biblioteca instalada en la misma infraestructura de la ex usina, tan super realista como lúdica, algo como la George Pompidou. Pero, debemos llamar al taxi ¿no?, le recordé. –Sí, sí, cuénteme de Saint Nazaire, que tampoco conozco. Le comenté que en Saint Nazaire estuve en el parque natural de Briere, en el barrio le Petit Maroc y sus enormes pinturas murales, en el barrio de L’Havanne, de ecléctica arquitectura con el fondo del Atlántico, que después permanecí todo cuanto pude al borde del mar e ingresé a Ville Port, la ex base submarina alemana convertida en una zona de diversas manifestaciones. Y maquinalmente le formulé una cuestión en la misma línea para que también él relate

algo: –¿Qué lugar de Sur América elegiría para vivir de forma definitiva? –Colombia, respondió de manera automática, aunque es como una utopía, sin toda esa violencia instalada ese país sería un paraíso terrenal.

Su ojo izquierdo se estaba inflamando, de su nariz brotaron unas gotas de sangre, le alcancé un pañuelo de papel. –Vamos le dije sin alarmarle, debo llamar un taxi. –Sí, cálmese. Ya no volveremos a vernos más creo, musitó sereno. Y París siempre seguirá siendo un *carrefour*, una carta postal eterna. Yo la descubrí por primera vez en el 65, y he vuelto cada vez, como los peregrinos van a Jerusalén, a Lourdes, a La Meca, solo que esta vez, esta vez... se quedó pensando...

Tuve el presentimiento de que se iba a desvanecer sobre la banca e hice señas a un taxi. Me pidió que no me apresure. –Ya he llamado a un taxi, le dije, me miró un poco escéptico tendiéndome la mano para que le alcance otro pañuelo.

Se levantó lentamente y cuando quise subir al taxi junto a él me detuvo, yo insistí en acompañarlo, pero me lo impidió con un gesto negativo y cerró despacio la puerta. No se preocupe por mí, las rutas están escritas, amigo. Vaya tranquilo a la dirección que le di, *nice to meet you*.

Tenía el ojo derecho bien rojo como inyectado en sangre, se despidió con un ademán sereno a través del vidrio, enseguida se dirigió en inglés al chofer. Yo quedé a un lado del asfalto con un sentimiento confuso, recuperando el papel con la dirección estrujada.

Caminé un poco perdido hasta la boca del metro, en la estación Raspail hice correspondencia con la línea cuatro. Subí en el último vagón que iba semivacío, intenté dormir unos minutos, pero fue imposible concebir el más leve reposo. Una chica con minifalda cortísima y piernas bien bronceadas se había sentado en frente mío con unos auriculares negros que le hacían menear la cabeza y sonreír como una fiesta. ¿Se reía de mí? ¿Habría notado las marcas aún frescas de mi persistente somnolencia? “Una buena dosis de café te reanima el cuerpo”, me había dicho mi vecina marsellesa en el ascensor. Y eso es lo que he hecho para permanecer de pie; lo cierto es que este *affaire* me tiene el alma en vilo, me perturba como un fantasma antiguo, arrastrándome a una indecible trama.

Calculé el tiempo transcurrido: 30 o 35 años habían pasado cuando La Tarta desapareció del barrio. 23, 24 o 25 años tendría ella cuando desapareció de la vista de todos; 10 u 11 cumpliría yo la fecha en que la noticia irrumpió por la boca del kiosquero... “Últimamente era un ser de traspas”, expresó con profundo pesar, mientras un brillo de humedad surgía de sus cuencas, después puso sobre la madera de su caseta la revista, el diario, más el suplemento dominical. Luego encendió un grueso cigarro. Papá y mamá permanecieron en un silencio confidencial.

Cómo será verla de cerca de nuevo en este punto de la vida –si es que es ella, por cierto–. Aunque en las fotografías su imagen es bastante difusa todavía, se conserva bien, con un aire saludable. Para él es todavía joven, dice. Y lo admite, comprende esa pasión suya por los cosméticos que es un modo de vida. ¿Cómo estará realmente? – si no alucino– ¿Me reconocerá? –si es que es ella de veras–, ¿le diré mi nombre verdadero, mi origen auténtico...?

Di con la dirección según el croquis garabateado, marqué el código...

El portón verde se abrió e ingresé por un largo patio empedrado con maceteros de plantas desde el suelo hasta la mitad de los muros, busqué la puerta 22 a la izquierda; estaba semiabierta.

–*¡Entrez!*– habló una voz en francés. No encontré a nadie, solo vi una mesa con cuatro sillas, un sofá con almohadas negras, lilas y al fondo una cortina que dividía el salón de un dormitorio; a la derecha una escalera caracol, *art deco*, de hierro forjado, que conducía a una especie de balcón...

Nantes; la canción de Bárbara en ese momento estaba tocando; no sabía bien si entraba o salía por alguna ventana; no sabía si venía de una radio, de un ordenador o de un disco de vinilo. Me sentí desconcertado, la música se fue acentuando. Y a mí esa canción me entristecía, me afectaba de manera dramática.

Quise pensar en la chica del metro en minifalda rosa, en sus piernas brillantes, en sus ojos grandes, y su sonrisa amplia, meneando la cabeza como una fiesta, pero emergían de manera inexplicable los libros de Kafka, las pinturas de Modigliani, la *chambre* de Van Gogh, el diario de Ana Frank con su rostro en blanco y negro. En mi mente quería pensar en la marsellesa diciéndome que tome café para no sucumbir en el desánimo, contrarrestar toda resaca; necesitaba más que nunca esa dosis de café porque desde una grieta insondable, ese disco reabría en mí el primer trauma en estas tierras galas; esa primera cita con una profesora de francés de origen argelino a quien le hice escuchar la canción de Barbara con candidez, para que me explique el contenido. Y ella se puso sentimental, a llorar de forma incontrolable entre sus manos y yo con mi francés incipiente no sabía cómo consolarla en aquel noviembre en le petit bar de la Bastille. *Je suis désolé, pardon, je suis désolé, je n'ai pas voulu faire mal...* lo he escuchado en radio Nostalgie...

La música cesó.

De lo alto de las escaleras, en un francés modesto la voz volvió a hablarme, me pidió que me instalara en el sofá... Dije que podía hablarme en inglés... Pensaba decirle que también podía hacerlo en español, pero me limité a obedecer.

–*Oui, je vous écoute.*

–*Madame ce matin vers...* Traté de hilvanar imágenes para relatar el episodio desde nuestro encuentro accidental en el *Tabac-Café* de la Rive droite... pero no me dejó terminar.

–Ya lo sé, lo sé todo, usted es el amigo del bar, me respondió. Enseguida un silencio sepulcral invadió el ambiente.

Me puse de pie, no tenía ningún sentido permanecer más, me aprestaba a salir.

–Yo me ocuparé de todo, me habló después de varios minutos con cierto halo de pesar.

–¿Qué ha pasado?

–Gracias por venir.

Esta vez la tonalidad era más amable.

–Está bien, contesté avanzando hacia la puerta

–¿Puede dejar su teléfono o su dirección, por favor?

Escribí en un papel de mi libreta la dirección, mi teléfono y firmé con El amigo del café...

Alguien se asomó a la puerta de manera discreta al momento que firmaba. Cuando salí encontré a un hombre pakistaní con una pila de ropa planchada esperando pasar. Avancé por el patio con una intriga que se me atragantaba en la garganta; no sabía dónde diablos ir, entretanto que una terrible incógnita me habitaba como un dolor metafísico.

Ya cruzaba el portón verde para largarme rumbo hacia el bulevar Saint Germain; ¿llamaría a un amigo, o volvería *chez moi*? En ese dilema me percaté que mi teléfono no lo tenía conmigo y también que las nubes con forma de algodón se habían devorado en su integridad al sol. Y una lluvia de verano caía sobre la más completa desolación.

“Todas las rutas están escritas”, recuerdo con una tristeza paterna en tanto emerge en mis retinas el taxi negro con una mano que me dice adiós desde la ventana mientras quedo a un lado del asfalto con las manos vacías.

–¡Eh, *mon ami*! ¡Amigo, amigo! –oigo a mis espaldas–; es el pakistaní que corre tras mío, me llama desde la mitad de la calle. ¡*Madame, madame... the lady looks for you!*, dice y me hace señas.

Regreso al portón verde, entro de nuevo por el patio lleno de plantas, la puerta 22 sigue semiabierta; pienso o temo que Nantes, el disco de Barbara vuelva a tocar, pero no, de nuevo el silencio lapidario y un leve perfume de ropa limpia impregna la atmósfera, esta vez la música de la lluvia acaricia los oídos; el pakistaní me indica que suba las escaleras y se va. Subo lentamente cada escalón; siento el *rendez vous* en todo mi cuerpo. *La chambre* está en completa penumbra, al fondo diviso una figura de espaldas.

–¿*Oui Madame* ?

–Su teléfono *ne marche pas*. *Your phone doesn't work*.

–Madame... No me deja que le explique.

–*Votre téléphone ne marche pas*, me reprocha poniéndose de perfil.

–¡Madame! –Ahora me impaciento yo.

–¡*Votre téléphone ne marche pas!* *Your phone doesn't work!* Grita, y gira con violencia.

...Y entonces... ¡Es La Tarta...!

35 años después reaparecía, 35 años después volvía a ver la intensidad fulgurante de sus ojos. Yo siento desvanecerme de emoción, no de miedo, ni de culpa, pero ella no me escruta. Yo levanto las manos, indefenso. Y en signo de inocencia le explico que he extraviado el teléfono. Ahora se ha puesto de espaldas de nuevo. Tengo un temblor en la voz, me retiro despacio, tomo las escaleras como si descendiera a un abismo entre la niebla; la lluvia se ha calmado. Parto con un estado de ánimo deplorable; ella está vestida de luto.

Esta mañana me he despertado bien tarde, el portero me ha alcanzado un sobre con una carta escrita en bilingüe: inglés–español; es una cita en l’île Saint–Louis:

“al filo de la tarde cuando el sol cae...”

Firma: Muriel Souza